

I

Los hombres sólo os acercáis a mí cuando necesitáis algo

La doctora Margaz se acodó distraídamente sobre el panel y con el dedo índice trazó pequeñas líneas a partir de la huella que había dejado el vaso de café. Aunque quizás llamar café a aquello fuera excesivo. Desprovisto de cafeína, de azúcar y de cualquier otra sustancia que pudiera alterar la salud, el mejunje que salía del expendedor sólo tenía del verdadero café su color y algo aproximado a su sabor.

Tampoco, si era sincera, le importaba demasiado. A aquellas alturas de la tarde lo único que verdaderamente tenía interés para ella era que llevaba casi cinco horas de servicio y que, en consecuencia, apenas le restaban setenta minutos para completar su turno. Instintivamente maldijo su convenio colectivo. Seis horas de jornada laboral se le antojaban poco menos que una esclavitud y, peor aún, un agravio comparativo. ¿Por qué, si el horario de un técnico no podía exceder de cuatro horas, el de los domopsicólogos llegaba a seis? ¿Es que nadie pensaba que ella tenía vida propia?

Después de todo su grado era similar y no veía más difícil realizar conexiones entre cables o componentes que manejar las complejas situaciones que provocaba la programación de un sistema domótico. “Se trata de una cuestión de seguridad”, argumentaban los sindicatos. “Un técnico puede tener que arriesgar su vida si la instalación es exterior, mientras que un domopsicólogo no lo hace”. ¿Arriesgar su vida?, pensó con una mueca de burla. ¿Y cuándo fue la última vez que un técnico tuvo un accidente? ¡Por Dios! ¡Si llevan tanta seguridad que es más fácil que tengan una hernia que un accidente! Sí, cuando se trabajaba en el exterior de un edificio de ciento noventa plantas era posible que hubiera problemas con la estática, eso era fácil de entender; pero para eso estaban los dispersores de campo en los que tanto insistían los ingenieros de seguridad. Y ellos sabían de lo que hablaban, ¿no? Para eso cobraban su buen sueldo e, ironías de la vida, también tenían una jornada de cuatro horas.

Molesta con la idea, la doctora se apoyó en el respaldo de su asiento y pronunció de manera mecánica: “Circular”. Con lentitud, el sillón comenzó a moverse en paralelo al escritorio para que ella pudiera observar las pantallas de grafeno que se acumulaban a su alrededor. Tras dar una vuelta completa miró satisfecha las hebras luminosas que conformaban la red que tenía a su cargo. Todo parecía funcionar correctamente. “Y que siga así”, murmuró.

Lo que nadie entendía era la dificultad de la domopsicología. No sólo hacía falta una brutal acumulación de conocimientos; también había que tener ciertas cualidades personales como pensamiento rápido, ausencia de prejuicios y empatía. Algo que muy pocos poseían. Por eso su sueldo era tan elevado, por mucho que se quejaran los técnicos. A ver si es que ellos, que al fin y al cabo eran poco más que destornilladores con patas, iban a tener todas las ventajas.

Sin perder de vista las pantallas se relajó. Mientras nada saliera de la normalidad no había por qué alterarse. Sin embargo, aunque su cuerpo parecía desparramarse sobre el sillón, sus ojos no perdían de vista las pantallas. En muchas ocasiones la lectura continuada de las interrelaciones le permitía establecer antecedentes que posteriormente le serían de utilidad pues, aunque Tellnet no fuera más que un programa que controlaba millones de terminales, tenía una mentalidad propia que la hacía pensar por sí misma. Y esa capacidad implicaba también la de aprender y sacar conclusiones de cada una de las informaciones que recibía.

Eso era lo que la gente no entendía, y menos que nadie los mecánicos. Por muy artificial que fuera, el sistema necesitaba razonar para dar soluciones independientes a problemas que hasta entonces no se le habían planteado. Y no era fácil explicarle a un programa que una misma situación en los mismos parámetros y circunstancias podía requerir de soluciones diferentes en función del humano al que hubiera que atender. Por eso eran necesarios los domopsicólogos. Los problemas que presentaba un sistema que podía avasallar a uno con millones de datos, códigos y comparativas, ya fuera Tellnet o cualquier otro de la competencia, no podían ser resueltos con una orden sino con una explicación que requería tanto de conocimientos en el problema en cuestión como de psicología humana. Por eso Helly Margaz era la mejor en su trabajo, porque siempre lo conseguía.

De todos sus compañeros era la más veterana pero, a la vez, era también la que poseía la mente más flexible. Y el motivo era que ella, como el propio sistema, había aceptado la necesidad de seguir aprendiendo. Mientras que para la mayoría de los mortales lo que tenía ante sus ojos no eran más que redes de cableado u ondas inalámbricas, para ella era un tejido vivo de relaciones, crecimiento, vida, competencia, lucha y muerte. Un ecosistema, ficticio quizás, pero lleno de complejidades que nada tenían de imaginarias.

Un golpe de nudillos sobre una pantalla le hizo apartar la vista. Siguió la mano que reposaba sobre el grafeno y según llegó al hombro donde aparecía la doble C, el anagrama de CalvinCo, la multinacional a la que pertenecía el sistema, reconoció la figura sonriente de Macià. No lo recibió con una sonrisa y suponía que él no esperaba tal cosa pues no cambió de expresión cuando ella lo miró fijamente.

Xisco Macià, (Macci para los amigos, aunque ella no se consideraba como tal), era un compañero de turno, un recién graduado procedente de Valencia. Qué hacía allí cuando con su cualificación podía haber alcanzado un puesto en su ciudad de origen era algo que muchos se preguntaban. No era, desde luego, su caso. Lo que aquel apuesto joven de barba bien recortada hiciera en Málaga era algo que no le preocupaba, como en general no lo hacían ninguno de sus compañeros. Su mente estaba demasiado especializada como para desperdiciarla en personas que, probablemente, poco le podían aportar.

—¿Qué? ¿Cuidando a los niños?

—Sí —respondió ella con indiferencia—. Algunos tratamos de ser productivos, no como otros, que se conforman con esperar que se fundan los cables para salir corriendo a reponerlos.

El joven sonrió por el chiste mostrando una sonrisa de dientes blanqueados, pues atacar a los técnicos se consideraba un signo de identidad grupal. Sin embargo, su cortesía profesional no iba más allá.

—Eres muy agradable —respondió el joven—. Nada que ver con lo que dicen de ti.

Seductor, ésa era la palabra que se le vino a la cabeza. Por un momento arqueó las cejas. Tiempo atrás había percibido aquella misma sensación en algunos hombres. Cuatro de ellos, de hecho, habían tenido relativo éxito y

ahora se contaban como sus exmaridos. Pero la edad en que había podido ofrecer algo atractivo a los varones había quedado en el pasado, así que no se engañó. Difícilmente podía imaginar que aquel joven apuesto por el que babeaban varias secretarias y un par de técnicos se interesara por ella. Probablemente por el hecho de que a él le interesaban más los técnicos que las secretarias; posiblemente también porque en el hipotético caso de que a él le gustaran las mujeres ella le sacaba más de veinte años, tenía un carácter desabrido y, para qué mentirse, su apariencia se preocupaba más por la comodidad que por la estética. Nada que ver con las mujeres de su edad que habían pasado tantas veces por el quirófano que tenían que activar el carnet de identidad para recordar su año de nacimiento. Aunque en su caso, aquello no tenía nada que ver con aquella moda que ahora parecía imponerse, (*beyolders* las llamaban, si no recordaba mal, mujeres que preferían mostrar su vejez tal y como la genética les marcaba); su desinterés por pasar por la cirugía estética se basaba en que prefería reservar aquel trago para lo importante: pulmón, corazón, hígado o cualquiera de los engranajes vitales de su cuerpo, como por ejemplo el que la apartaba de los estragos del cáncer de páncreas al que su naturaleza era tan propensa, según palabras de su oncólogo, y al que sólo la constante cirugía a la que la sometían los microscópicos robots insertados en su flujo sanguíneo conseguía detener.

Tornando su gesto en una mueca de desprecio, por un momento pensó en recordarle al joven que tenía un grado en psicología conductual humana. No era, por supuesto, nada parecido a un terapeuta de esos que diagnosticaban problemas conyugales; su especialidad era comprender qué quería la gente y cómo aprovechar esos deseos. Sin embargo, optó por callarse. En las interrelaciones con otros humanos era mejor no recordar a los demás que con ella los dados siempre estaban trucados.

—¿Qué quieres, Macià? —preguntó tratando de acabar con aquella pausa que la apartaba de su trabajo.

—¿Por qué habría de querer algo? —respondió el joven con coquetería.

—Porque los hombres sólo os acercáis a mí cuando necesitáis algo. Y no soy tan boba como para creer que tu interés por mí sea personal.

Una risa comedida salió de los labios del valenciano. No era necesario recurrir a la psicología para comprender que había acertado.

—Eres tan inteligente como dicen.

—Y tú, un embaucador al que no le he dado permiso para tutearme.

Intuyó lo que seguía y su desprecio se tornó en aburrimiento. Tanto Macià como cualquier otro de los jóvenes que pululaban por la oficina eran nuevos graduados y, como tales, sufrían las carencias de los planes de estudios. La habitual ocurrencia de algún ministro, ya no recordaba de qué legislatura y tampoco sabía decir si era nacional o procedente de la Sociedad Europea de Naciones, cambiar lo que funcionaba por algo que, tras buenas palabras, empeoraba las condiciones de trabajo. Es necesaria una mayor especialización, había proclamado obviando que esa especialización con la que terminaban los universitarios tenía un precio. Eran tan perfectos concededores de una determinada serie de terminales que apenas comprendían el funcionamiento de otros que no fueran los suyos. Muy eficaces a corto plazo y con una obsolescencia programada en su saber.

Quizás, en el fondo, ése fuera el motivo de aquel cambio, incentivar las jubilaciones anticipadas para agilizar el mercado laboral. Sea como fuere, aquella amenaza no iba con ella. Helly Margaz pertenecía a la vieja escuela, aquella que había aprendido por sí misma en los albores de la domopsicología. Gente que había tenido que aprender de todo y que junto a los grados de especialización domótica habían cursado otros como, en su caso, psicología conductual. Una cualificación que, a diferencia de los nuevos trabajadores, la capacitaba para improvisar, por lo que los directivos de CalvinCo no tenían intención de jubilarla. Apreciaban demasiado sus conocimientos, así que obviaban tanto su carácter como sus constantes desafíos, por ejemplo, su negativa a participar en los juegos de rol obligatorios, “convivencias de confraternización” las llamaban, reuniones dinámicas en las que jefes y subordinados alternaban para crear un mejor clima humano. Como si a largo plazo las rencillas, las envidias y la competencia profesional pudieran solaparse con simples jueguecitos.

Por eso intuía que las intenciones de Macià eran las mismas que las de tantos y tantos que habían pasado por aquella oficina anteriormente: que ella les diese lo que la formación académica les había negado. Por un momento tuvo que sonreír. Hubo una época en que los intentos iban marcados por un innegable tufillo sexual; en los últimos tiempos, en cambio, lo que intentaban era activar su instinto maternal. Como si de haber deseado hijos no hubiera tenido maridos para lograrlo.

—Margaz, ¿es necesario que sea tan agresiva conmigo? —sonrió el joven nuevamente.

—Sí —dijo ella regresando a las pantallas—. Eres joven, apuesto y con un futuro prometedor. Y como miembro de tu clan imagino que cuando destapas unas cervezas con tus compañeros os lo pasáis en grande criticando al resto. En especial a nosotros, los viejos. Pero lo cierto es que hay tantas diferencias entre los viejos y los jóvenes como entre los domopsicólogos y los técnicos. Lo suyo es el hardware; lo nuestro el software. Y, si mi inglés no está demasiado obsoleto, la diferencia entre duro y blando os parece de una importancia vital. Para mí, en cambio, la diferencia está en la capacidad de aprender. Prefiero un técnico de vieja escuela que un domopsicólogo de nueva. Ellos pueden adaptarse y a vosotros hay que reprogramaros. Y no tengo ni ganas ni tiempo para eso.

Con aquel comentario la sonrisa del joven se diluyó. Sin embargo, permaneció quieto, como clavado a una pantalla.

—Supongo que eres demasiado lista para mí —asintió el joven con cierta decepción en el rostro—. Tienes razón. Necesito ayuda y no sé a quién recurrir.

—Prueba con los programas de instrucciones. Suelen tener la respuesta a todo.

—Lo cierto es que no, Margaz. En este caso no sirven los programas.

Aquel comentario hizo que la doctora volviera a elevar la vista hacia el joven. La seguridad de su compañero se había diluido. Aquello le hizo reaccionar. Se sabía superior al valenciano, pero no le negaba cierta competencia. Si había algo que lo preocupaba quizás fuera interesante saber de qué se trataba.

—Tienes dos minutos —respondió.

Macià asintió comprendiendo que el plazo era literal, así que se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos y comenzó.

—Hace un par de semanas recibimos una alerta de bloqueo de sistemas en el sector LBS. Al parecer había habido una desconexión puntual del cableado de tipo A325...

—El bloqueo de sistemas es competencia nuestra —lo interrumpió ella —; pero la desconexión del cableado es cosa de los técnicos. Y

necesariamente una cosa no tiene que llevar a la otra.

—Lo sé, aunque en este caso estoy convencido de que sí había relación. El bloqueo de sistemas duró tres minutos con cuarenta y siete segundos y pareció repararse por sí mismo.

—Bien. Los sistemas de autocorrección funcionaron. Para eso están.

—Aun así, me pareció extraño que al mismo tiempo hubiera habido una desconexión del cableado. Porque, doctora, fueron simultáneos.

—Sigo sin ver el problema. La configuración de nuestro software es autorregulable, lo que quiere decir que cuando se produce una avería física el sistema está preparado para desviarse por vías alternativas para que no afecte a los terminales. Es una de las garantías de nuestro servicio.

—Sí, pero lo que me extrañó no fue eso sino el hecho de que la desconexión del cableado durara exactamente tres minutos con cuarenta y siete segundos.

La doctora dejó de sentir ganas de acabar con la conversación y olvidó el plazo que le había marcado. Macià había logrado llamar su atención.

—Continúa.

—Ya sé que no es función mía estar atento a los problemas de cableado; pero, ¿qué quiere que le diga? Desde pequeño se me diagnosticó habilidad tanto para la domopsicología como para la ingeniería, así que, aunque parezca extraño, me gustan ambas tareas. Por eso, y aunque no sea protocolario, me gusta estar atento a los avisos técnicos.

—Comprendo —asintió la doctora. En realidad no lo hacía. Prácticamente lo sabía todo de software y del funcionamiento de los terminales; sin embargo, la base física en la que el cableado de la red se sustentaba era algo que carecía de interés para ella. Por lo menos hasta aquel instante.

—Y eso fue lo que me extrañó. Nuestro bloqueo de sistemas fue, en apariencia, normal. En teoría debía haber sido atribuido a una saturación de redes; sin embargo, la coincidencia con la desconexión del cableado me pareció extraña.

—¿Y eso por qué?

—Porque cuando se produce una desconexión de tipo A, independientemente de su número, estamos hablando de una catástrofe, de

la amputación de las conexiones de un sistema. Y eso debería haber producido una alarma en la red que no se produjo. Es más, debería haber producido el apagón de uno o varios terminales. Pero si comprueba usted los informes observará que ese apagón no se dio.

—No lo entiendo —admitió ella con interés.

—Lo que quiero decir es que una desconexión de tipo A325 no puede repararse internamente. Nuestros programas no están preparados para ello. Es por ese motivo por el que se hace obligatoria una revisión por parte de un técnico.

—¿Y bien?

—Que no hubo ninguna alerta. Lo comprobé. Aunque en nuestros avisos se especificaba que el bloqueo de sistemas era debido a una desconexión A325, los técnicos no recibieron ninguna notificación que los pusiera sobre aviso.

—Eso no es posible —murmuró ella.

—Lo sé.

—¿Me estás diciendo que los sistemas de alerta fallaron?

—Era la única explicación razonable y eso fue lo que pensé. Por ese motivo envié a un técnico al sector.

—No tenemos competencias para mandar a los técnicos a ningún lado. De eso se encarga el propio sistema.

—Lo cierto, doctora Margaz, es que falseé el aviso.

Helly observó al joven y por primera vez lo hizo con algo que no fuera indiferencia o desprecio.

—Esos informes no pueden falsearse así como así. Harían falta unos conocimientos que un domopsicólogo no tiene.

—Yo sí —replicó el valenciano irguiéndose con cierto orgullo—. Yo los tengo.

—Tu formación reglada no te lo ha permitido.

—Soy autodidacta.

La doctora Margaz sonrió ligeramente. El orgullo del joven estaba justificado. Alcanzar aquel grado de conocimiento en ingeniería era posible, pero exigía un esfuerzo intelectual inhabitual. Por un momento pensó que

podría tratarlo de igual a igual. Después de todo ella tenía un doble grado en domopsicología y en psicología humana socio-conductual. Sin embargo, se abstuvo de hacerlo. No deseaba crear interrelaciones laborales amables. Su experiencia le decía que a la larga aquello era más problemático que productivo.

—Continúa.

—El resultado fue desconcertante. El aviso le llegó a Márquez, no sé si lo conoce.

Por supuesto que lo hacía. Márquez era un técnico engreído, pretencioso y carente de visión. Sin embargo, reconocía que sus diagnósticos eran fiables y sus manos, pese a sus muchos defectos, eran firmes.

—¿Y qué ocurrió?

—Que elevó una queja a Recursos Humanos diciendo que se le había hecho ir para nada. Efectivamente, había habido una avería, pero ésta aparecía soldada y reparada. Y que mandar dos técnicos para hacer el mismo trabajo sólo implicaba un gasto inútil...

—Solo que nadie había mandado a otro técnico, ¿no? —asintió ella.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió Macià.

—Porque si hubiera sido así tú no estarías aquí comentándome el caso.

La doctora trató de organizar los pensamientos en su mente. Rápidamente buscó opciones y al momento una surgió en sus labios.

—¿Puede tratarse de un sabotaje?

—Ésa fue mi siguiente conclusión. Pero lo cierto es que no tenía sentido. Desde entonces, y ya han pasado dieciséis días, no se ha producido ninguna denuncia de un hecho delictivo ni tampoco parece que haya nada en el sector que pueda ser sospechoso. No hay ninguna empresa con algún secreto industrial que pueda ser robado o algún cargo relevante que pueda ser sometido a algún tipo de espionaje. Se trata de gente normal, propietarios en su mayoría.

—¿Entonces?

—Ahí está el problema, doctora, que no le veo explicación.

La doctora asimiló aquella información y la sopesó dentro de su mente como si se tratara de una balanza. Por fin, volvió a mirar al joven

valenciano y se encogió de hombros.

— Yo tampoco.